

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo se viajaba antes.

¡Oh, qué viajecito el que se hacía á Portugal, allá por los años del 90 al 90 y tantos!....

Entonces se salía de Madrid á las nueve de la mañana, y antes de llegar á Talavera ya tenía uno la sangre frita.

Retrotraigámonos, es decir, imaginemos que vamos de viaje en pleno mes de Julio, antes de que se establecieran los trenes nocturnos.

No hay medio de evitar los rigores de la temperatura; humea el agua del botijo; el salchichón echa chisgas y adquiere todos los caracteres de un petardo; un perro que viene con nosotros dentro de una sombrerera, para eludir las miradas del revisor, se vuelve loco espontáneamente y comienza á ladrar con desesperación.

La mayor parte de los viajeros se han alige-

rado de ropa. En un reservado viaja un matrimonio en paños menores. Ella se ha quedado en enaguas y él luce unos elegantes calzoncillos de madapolán. Cuando entra el revisor, ambos se ocultan detrás de un almohadón del carruaje, puesto de pie.

—¿Los billetes?—dice el empleado.

—Respete usted nuestra situación excepcional—contesta el esposo.—Tenga usted la bondad de irse.

—¿Por qué?

—Porque no queremos que se nos vean las carnes.

En nuestro coche viene una señora con una ama de cría exuberante, y un niño encanijado que no hace más que chupar y meterse los dedos por las narices. Cada vez que suena el silbato de la locomotora, la criatura pone el grito en el cielo y se agarra á lo primero que encuentra.

—No te asustes tú, hijo de mi alma, que va aquí tu mamaíta—dice la madre.

Y añade la nodriza, con voz de ternera cariñosa:

—Cálate, Pipito..... ah..... ah..... ah.....

Al llegar á Plasencia, dos viajeros sedientos se arrojan sobre un botijo que parece abando-

nado en la estación. Ambos quieren beber y entablan una lucha horrible: el más forzado consigue llevarse el pitorro á la boca y echar un trago, pero de pronto lanza una blasfemia y comienza á escupir desesperadamente.



—¿Qué ha hecho usted?—le dice un mozo.

—¿Qué he bebido yo?—pregunta el infeliz abriendo los ojos con espanto.

—Aceite para la máquina—replica el mozo.

El viajero se ve en la dura necesidad de enjugarse la boca por dentro con un trapo que le facilita una viajera compasiva.

Y el tren vuelve á emprender la marcha, no sin que el niño encanijado prorrumpa en nue-

vos gritos cada vez que silba la locomotora. Por fin, á fuerza de chupar, la criatura se queda dormida sobre uno de los asientos; pero vuelve á oirse el silbido aterrador, y el angelito, dando un bote, va á chocar con la cabecita contra la sombrerera; el perro que la habita se pone á ladrar, la mamá solloza, el ama muge y nosotros acudimos en socorro de la víctima que patatea en el suelo.

Por fin, llegamos á Valencia de Alcántara, como los calamares, guisados en nuestra propia tinta.

La noche ha comenzado á extender su negro manto, y la temperatura es dulce como la sonrisa de Dato.

Media hora después entramos en Portugal, nuestro paraíso veraniego. El tren se detiene en el lazareto de Castello de Vide, donde los empleados de Sanidad proceden á la fumigación de nuestros equipajes, pues se dice que hay epidemia en España.

—¡Gran Dios!—exclamamos todos.—¡Nos van á poner al humo!

La mamá del niño protesta, porque no quiere que el hijo de sus entrañas siga la suerte de los arencones; pero un empleado la tranquiliza diciéndola que la fumigación solo alcanza á los

baúles de ambos sexos; es decir, á los baúles y sus esposas las maletas.

Efectivamente, á los viajeros no se les incomoda para nada, ni aun para abrir los equipajes. Los encargados del lazareto nos tratan con muchísima consideración: uno nos da un cigarro (*charuto*), otro nos invita á sentarnos en un sofá *estofado* (estofado quiere decir en portugués «tapizado»), y otro lleva su abnegación hasta el punto de besar al niño, que parece una lombriz. La mamá le dirige una mirada de profundo agradecimiento.

—Muchísimas gracias—dice conmovida.

Y yo añado:

—En nombre de la nación española, expreso á usted nuestra gratitud. El sacrificio que acaba usted de hacer prueba que la nación portuguesa aspira á que se estrechen las buenas relaciones entre ambos países.

Desde que se entra en Portugal no se sabe lo que es calor. La temperatura es suave, el aire perfumado, la brisa fresca y saturada de iodo..... ¡Oh, qué buen país!



CAPÍTULO II

Espinho.

Ahora se hace el viaje á Portugal con comodidades relativas. El tren sale de Madrid de noche, evitándonos el disgusto de tener que contemplar el paisaje extremeño.

Después de trece horas de viaje, el tren pasa la frontera y surgen los carabineros portugueses.

—*Leva chocolata, café, tabaco?*— pregunta desde la portezuela del coche el apuesto representante del ministro *das Fazendas*.

—No, señor—suele contestar el viajero;—lo que *levamos* es un humor de todos los demonios, porque se ha apagado la luz del techo, y las ventanillas no funcionan, y los almohadones despiden chispas, y nos han pedido los billetes cuatro inspectores distintos.

El carabinero reconoce las maletas de mano

y extrae de una de ellas un objeto sospechoso. Debe ser sospechosísimo, porque el hombre nos dirige miradas acusadoras y terribles.

—*¿Qué coisa é ista?*—pregunta por último.

—Es un salchichón—contestamos.

El hombre se ha imaginado que aquel inocente embutido es un instrumento de guerra, y vuelve á preguntar:

—¿Está cargado?

Por toda respuesta le ofrecimos una raja, que él no acepta por no perder la seriedad de su noble ejercicio. ¡El comer envilece!

Después nos obliga á que bajemos del coche y le mostremos el fondo del baúl, que investiga cuidadosamente como si fuese el fondo de nuestra conciencia. Introduce ambas manos por debajo de la doblada ropa y saca una zapatilla, después unos calzoncillos, luego un peine y más tarde un sombrero hongo. Cada uno de estos objetos produce en el funcionario impresión penosa. ¿Por qué? Porque había creído sorprender un importante contrabando y ve con dolor que somos inocentes bañistas más que defraudadores de la Hacienda de Portugal.

Antes de realizar esta importante operación, tuvimos que desatar las cuerdas del baúl, por-

que los carabineros portugueses no descienden á tan ruines oficios. Un mozo de la estación vino á ayudarnos, no sin decir antes con acento de profunda conmiseración:

—*Isto o fago por propria voluntade, mais nao tenho obrigaçao.*



Lo cual quería decir que le diésemos una propina.

Y dicho se está que se la dimos; pero faltó poco para que tuviésemos que coger el baúl, después de reconocido, y lo condujéramos de nuevo al furgón de los equipajes.

Un viajero que se negó á lo de la propina, estuvo cerca de media hora tratando de liar su

baúl, hasta que por último cayó rendido en brazos de un carabnero.

En el Entroncamento cambiamos de tren. Los coches iban totalmente ocupados y tan solo en uno pudimos encontrar asiento, pero aun así costó Dios y ayuda que consiguiéramos instalarnos, porque los portugueses viajan con gran número de cachivaches. Un respetable luso había colocado en el suelo del coche una abultada redoma llena de peces de colores; un matrimonio de edad proecta llevaba en su compañía dos cestas, un baúl de hoja de lata y una cotorra.

Yo tuve que colocarme entre una sombrerera y un teniente de caballería que no dejaba el sable ni para dormir.

Durante su sueño se abrazaba al espadón como á una persona querida. De pronto el tren se detuvo en seco y el militar abriendo los ojos é incorporándose súbitamente, gritó:

—*O meu cavallo de batalha!*

Tuvimos que tranquilizarle, porque el hombre quería bajar y exponer su vida en aras de la integridad del territorio.

Espinho es una de las playas más concurridas de Portugal, de aquel Portugal delicioso donde llaman al jamón *presunto* y donde las

mujeres usan capa y sombrero calañés, como el pobre Regatero.

Á aquella playa acuden muchísimos españoles, procedentes de Madrid y de Extremadura, que se permiten el lujo de pagar veintantos mil reis todos los meses por una casita amueblada (unos 14 reales diarios).

Allí todo es colosal: desde los gabanes de dril que lucen los portugueses, hasta las sardinas, que parecen tritones. La fortaleza de este pueblo indomable se revela hasta en los peces: en cierta ocasión compré un lenguado, y pude notar en sus ojos una fiereza terrible. Diríase que no quería someterse al dominio de un extranjero.

Mi criada, que es española, vino á decirme toda sorprendida:

—Señorito, yo no puedo freir este lenguado. Es muy duro.

—No; es que conserva la noble altivez del pueblo lusitano, y se resiste al yugo de la sarten española.

Y nos lo comimos casi crudo.



CAPÍTULO III

Granja, la playa aristocrática.

Los seres privilegiados no se bañan en Espinho, porque en esta playa reina cierta confusión de clases, que no quieren aceptar las personas finas.

Á Granja acuden, pues, los portugueses elegantes, que para dormir la siesta se ponen un gorro de terciopelo azul con las armas de la casa bordadas en seda de colores y usan batín de franela, con galones dorados, para pasear por el jardín.

De cuando en cuando los granjistas hacen una excursión á Espinho (cinco minutos de viaje por el ferrocarril) y allí juegan á la ruleta y miran por encima del hombro á todos los demás seres humanos que no viven en Granja.

Yo me fuí á Granja á saludar á Sellés, y esto me ha proporcionado los medios de penetrar

en el Casino. De otro modo, hubiera tenido que andar errante por esta playa, sin una mano amiga que guiase mis pasos, ni una cabeza generosa que se dignara saludarme.



El que va á Granja por vez primera, se expone á vivir como un anacoreta en el fondo de una de aquellas casas de alquiler, que parecen garitas de consumos. Nadie le mira, nadie le saluda, y si desea divertirse tiene que sentarse en la playa y hacer montoncitos de arena ó buscar la amistad del jefe de la estación para entretenerse jugando á la brisca portuguesa.

El que no acredite con documentos que es hijo de buena casa y que en su familia no ha

habido ningún ser ordinario, ya puede renunciar á toda comunicación con los demás bañistas.

El año pasado estuvo allí un joven bien parecido que usaba un traje de lanilla blanco con rayas azules y una chalina verde con lunarcitos. Al principio todos le tomaron por un chico aristócrata, porque además del traje, distinguido de suyo, llevaba un alfiler figurando una cabeza de perro-de aguas en campo de gules. Las puertas del Casino le fueron franqueadas, estrecháronle la mano varios caballeros lusos y llegó á encender la llama del amor en el pecho de una joven de Lisboa perteneciente á una de las primeras familias del reino, aunque picada de viruelas.

Pues bien, llegó de Madrid una señora bien informada é hizo circular por Granja la tremenda noticia de que el joven del traje blanco no era lo que parecía.

—¿Cómo?—preguntó con asombro un Par del reino, que padece del hígado y tiene la cara lo mismo que una zapatilla.—¿No es aristócrata ese joven?

—No, señor—dijo la dama.—Yo le conocí trompeta.

—¡Qué escándalo!

—Y además tiene una tía casada en segundas nupcias con un barbero.

Los aristócratas de Granja abrieron una información para conocer los antecedentes del joven, y resultó que éste usaba las elásticas de á peseta y tenía un callo en el dedo pequeño, y dormía con calcetines y había estado para casarse con una pupilera. Entonces se acordó retirarle el saludo y hacerle toda clase de desprecios para que se fuera con la música á otra parte.

Uno le volvía la espalda, otro le pisaba en el callo, otro le metía el codo por la boca del estómago, como por descuido; y el joven acabó por tomar el camino de Madrid, no sin recibir antes una carta de la portuguesa en que le decía poco más ó menos:

«Usted es un infame y todo ha concluído entre nosotros, porque yo pertenezco á una de las principales familias del país, y tuve un abuelo que fué pedicuro de la casa de Braganza, y era conocido con el honroso sobrenombre de *O terror dos olhos de galho*. No envío á usted el mechón de pelo que me entregó como testimonio de sus amores, porque quiero destruirlo públicamente. Adiós, pilló.»

Dos días después era quemado en la carre-

tera que de Granja conduce á Espinho el mechón de pelo del joven extrompeta. Á la ceremonia asistió el Par del reino, que pronunció un discurso sobre la necesidad de exigir una certificación de limpieza de sangre á todos los bañistas nuevos y sobre la conveniencia de inspeccionar la ropa interior de los mismos para conocer su origen.

Por lo demás, Granja es un punto de baños delicioso, donde veranean muchos españoles dueños de elegantes *chalets* y de preciosas *villas* rodeados de jardines y acariciados por las frescas brisas del Atlántico.

La colonia española no suele establecer distinciones entre aristócratas y plebeyos, y trata por igual á los unos y los otros; pero la sociedad portuguesa que allí reside procura no mezclarse con la multitud abigarrada que acude de Espinho; y lo primero que hace es averiguar cómo ha nacido uno, y cuántas camisas tiene, y quién era su madre y de qué precio son las cajetillaş que fuma.

El lujo de los portugueses de Granja supera á cuanto puede decirse.

Yo he visto á una señora que echaba de comer á las gallinas por puro pasatiempo, y lucía un riquísimo traje de gró verde con golpes

de pasamanería y una capota de tul y encajes digna de una princesa rusa.

—El traje no me parece el más á propósito para una playa—dijimos á nuestro acompañante.

—¡Oh! Aquí no verá usted más que seda y terciopelo—nos contestó.—Las señoras se en-



galanan lujosamente para ir al baño, para comer, para saltar á la comba y hasta para reparar los calcetines conyugales. Los caballeros

se ponen de punta en blanco para ir al Casino, y hay quien se baña con un frac de estameña para dar á entender que pertenece al *gran mundo* lusitano y que es caballero de la orden de Villaviciosa.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1933 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IV

Oporto, siempre alarmado.

Los portuenses tienen tan mala idea de nosotros, que nos suponen siempre llenos de cólera morbo asiático.

Cuando oyen hablar en español, abren los ojos con espanto y se miran con asombro, como diciendo:

—¡Dios mío! ¿Nos traerán el cólera estos viajeros?

Los portugueses creen que español y cólico son sinónimos, y hay quien supone que en España la peste está haciendo estragos todos los días, pero que no nos conviene que se sepa.

Pocos momentos después de llegar á la fonda vino á verme un médico municipal.

—¿Viene usted de España?—me preguntó.

—No, señor; de la Figueira.

—¿Trae usted documento que lo justifique?

—No, señor; pero traigo el cutis acribillado por los mosquitos. ¡Si quiere usted mejor pasaporte!

Y le enseñé varias ronchas, que tenía reparadas por la cara.

El médico no se dió por convencido y estu-



vo examinándome la lengua y reconociéndome el cielo de la boca con un ganchito; después me pulsó, me hizo toser varias veces y se fijó por último en mi nariz, que la tenía delicada aquellos días por efecto de una mojadura.

—¿Desde cuándo tiene usted esto así?—dijo todo alarmado.

—Desde el jueves.

—Estornude usted.

—No puedo.

—Pues yo tengo que dejar en observación esa nariz.

—¿Quiere usted mandármela al lazareto?

—No, señor; quiero que se presente usted todos los días en la inspección sanitaria para ser reconocido. De lo contrario pagará usted una multa de muchos miles de reis.

Creí que era yo solo el que tenía que someterse á la inspección rigurosa del médico, pero luego supe que todo viajero procedente de España, ó que hablase en español, estaba en la obligación de presentarse en el centro de vigilancia sanitaria, y desgraciado de aquel que padeciese perturbaciones intestinales, porque se exponía á ser arrojado del territorio ó á que le cocieran en vino blanco, para matarle el *bacillus*.

Por falta de precauciones no ha de entrar el cólera en Portugal. El equipaje de un viajero destinado á Figueira y procedente de Extremadura, fué conducido oficialmente á Lisboa para ser fumigado, y el pobre hombre preguntaba:

—¿Cómo me mudo yo?

—*Tenha paciência*—le respondieron.—*Primeiro e a saude publica*.

El infeliz viajero estuvo esperando ocho días

su baúl y mientras llevaba puesta una camisa de un bañero generoso que le tuvo lástima; y por las noches salía á paseo tapado con una manteleta de una señora de Don Benito, parienta suya.

En Oporto los fondistas viven sobresaltados porque la junta de Sanidad local ejerce escrupulosa vigilancia sobre los hoteles, y á cada paso va á preguntar:

—¿Ha llegado algún forastero? ¿De dónde viene? ¿Qué trae? ¿Digiere bien? ¿Ha notado usted si se lleva las manos al vientre de cuando en cuando?

En ninguna parte hay gente más precavida que la portuguesa. Cuando se presentó el cólera en Francia perdieron el buen humor muchos miles de ciudadanos y casi todos ellos odiaban las legumbres. Lo más que comían era arroz, malvavisco, carne asada y una ó dos nueces de postre.

Ver un tomate era ver un enemigo cruel y colorado, que acechaba la ocasión para lanzarse sobre su víctima. El pepino había pasado á ser, á los ojos de algunas personas, una especie de máquina infernal que explotaba en las entrañas, sembrando la destrucción y la muerte. En cierta ocasión la autoridad detuvo á un

sujeto sospechoso que llevaba en el bolsillo dos pimientos enormes y un calabacín.

—¿Qué iba usted á hacer con esas armas?— le preguntó un jefe de policía.

—Comérmelas.

—¡Infame!— gritó el jefe. —¿Trataba usted sin duda de morir matando?

El exceso de precaución llegaba en algunas personas hasta el punto de cocer toda clase de bebidas.

En uno de los principales cafés de aquella preciosa ciudad hemos oído el siguiente diálogo:

—Mozo.

—Señorito.

—Una gaseosa.

—¿Sola?

—Sola y cocida.

Siguiendo los consejos de los hombres de ciencia, nadie osaba dar la mano sin adoptar las necesarias precauciones. El que tenía guantes se los ponía, y el que no, decía al amigo:

—Perdone usted que no le estreche la diestra con efusión; pero en tiempos de cólera, todas las precauciones son pocas.

Los que no querían prescindir del saludo afectuoso, cogían la mano y se la envolvían